

PROHIBIDO SOÑAR  
DE PIE

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

nº 78

PROHIBIDO SOÑAR  
DE PIE

*por*

Jaime Muñoz Vargas

*F*ICTICIA

---

MÉXICO

2026

Este libro fue realizado con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de la vertiente Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2024.

PROHIBIDO SOÑAR DE PIE

D.R. © Jaime Muñoz Vargas

D.R. © Foto del autor: Ivana Muñoz Chapa

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

Primera edición: marzo 2026

FICTICIA EDITORIAL

EDITOR: MARCIAL FERNÁNDEZ

DISEÑO DEL LIBRO: RODRIGO TOLEDO CROW

CUIDADO EDITORIAL: MÓNICA VILLA

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,  
c. p. 01060, Ciudad de México.

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com) [ficticia@ficticia.com](mailto:ficticia@ficticia.com)

ISBN: 978-607-521-157-2

Este libro no puede ser reproducido parcial o totalmente sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

HECHO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

*Para Saúl Rosales,  
magister et amicus*

*No sentí resbalar mudos los años;  
hoy los lloro pasados, y los veo  
riendo de mis lágrimas y daños.*  
Francisco de Quevedo

*Haberse muerto tanto y que la boca  
quiera vivir un poco todavía.*  
Idea Vilariño

*Mirarla tan cerca, tan junto, tan imposible.*  
Saúl Rosales

# CONTENIDO

MICRORRELATO TOTAL .....	13
IRENE OLAVARRÍA.....	15
<i>TOUR EN GRIS</i> .....	33
DENTRO DEL CINE.....	45
TALLER LITERARIO.....	59
UN DÍA CON MICHELLE.....	71
EN LA ORILLA .....	97
JUGADA DE PELIGRO .....	109
YO TENGO TU DIRECCIÓN.....	135
UN MARADONA POSIBLE .....	143
MUCHÍSIMAS GRACIAS .....	147
DESPUÉS DE LAS LUCHAS .....	163
A TUS BRAZOS OTRA VEZ .....	177
CARTA DE DIANA .....	189
MONOTONÍA DE LAS VUELTAS .....	199

## MICRORRELATO TOTAL

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme y en medio del camino de la vida, errante me encontré en una selva oscura cuando frente al pelotón de fusilamiento el coronel José Aureliano Buendía recordó aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo a él, que sólo deseaba confesar que vino a Comala porque le dijeron que acá vivía su padre, un tal Pedro Páramo, declaración expresada la candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, apenas poco después de que Gregorio Samsa despertó convertido en un escarabajo, preguntando como loco, a gritos y con una pena extraordinaria, ¿en qué momento se jodió el Perú?



## IRENE OLAVARRÍA

Irene Olavarría ignoraba qué le depararía el otro lado de la puerta. La casa era una casita opaca, de pintura amarilla descascarada y un jardín con el verdor lamentable del pasto que crece silvestre en el semidesierto. Tres macetas con plantas inciertas cooperaban con una pizca de dignidad floral a la fachada. Irene Olavarría buscó el timbre y en su lugar encontró un agujero con dos cables pelados y amenazantes. Sacó entonces una moneda de su bolso y golpeó sobre la puerta cuyo barniz había perdido todo rastro de brillo. Unos segundos después abrió la mujer que motivó su viaje a Torreón. Debía tener poco más de setenta, pero aparentaba mayor edad por la dejadez del arreglo. Las hebras de pelo formaban una mata blanca y abundante que servía de marco a la cara de tez pálida sobrepoblada de arrugas. La mujer entreabrió la boca para decir buenas tardes e Irene Olavarría notó que le faltaban al menos cuatro dientes frontales. Su ropa se veía más modesta que la fachada de la casa.

Las primeras palabras de Irene Olavarría ensayaban un titubeo que era más bien urbanidad. Preguntó por la señora Teresa. Sabía perfectamente que la señora Teresa era la señora Teresa porque antes de tocar se aseguró de que la dirección fuera correcta. El taxi la dejó en la casa de interés

social, y esa no podía ser otra que la casa de la señora Teresa. Irene Olavarría dijo que era Irene Olavarría, y la señora, con un gesto algo confundido, afirmó sin saber qué hacer exactamente. Irene Olavarría rompió la breve confusión al declarar que le daba gusto conocerla. ¿Puedo hablar con usted?, dijo. La señora abrió más la puerta y le pidió que pasaría con una sonrisa todavía confundida que permitió a Irene Olavarría ver el desastre dental en toda su magnitud. A señas, la mujer le indicó tomar una silla en el comedor de cuatro plazas. La sala era un caos apretado de muebles, todos diferentes, tan viejos como humildes, congruentes con la casa y su habitante. En la pared principal lucían varios diplomas enmarcados con estilos inconexos. En uno distinguió el nombre escrito a mano en grandes letras precedidas por la fórmula “premio nacional” y en la esquina superior izquierda el emblema del Instituto Nacional de Bellas Artes. La tele encendida sólo dejaba ver imágenes en silencio, evidentemente un programa de concursos. De reojo notó un mueble chaparro atestado de libros cobijados de polvo. El espacio, aunque precario, irradiaba un aire de dignidad difícil de explicar.

Recuperada de la sorpresa, la señora dijo, como un eco tardío, que también le daba mucho gusto conocerla y que no podía creer lo bonita que era. Irene Olavarría recibió el cumplido en silencio y creyéndolo sincero, pues la mujer tenía más o menos su misma edad y era claro que la vida la había trabajado de manera muy distinta, se podría decir que con saña. Irene Olavarría aceptó un café, y la señora Teresa se perdió un rato en la cocina. Mientras se quedó sola, echó un ojo más relajado a la pared de los reconocimientos. Uno de formato grande, timbrado con una escarapela guinda al centro, decía “Ciudadano distinguido: Arturo Méndez Duarte”. Otro decía “Premio estatal de li-

teratura”. La señora Teresa regresó con una bandeja de pelitre. Cargaba dos tazas diferentes, un frasco de café instantáneo, otro de azúcar y dos cucharitas. Las tazas exhalaban poco vapor, como calentadas a medias. Lo malo es que no tengo crema, dijo la señora Teresa. No importa, no se apure, así está bien, le agradezco, respondió Irene Olavarría. Hicieron silencio mientras se preparaban las infusiones.

Después de otro silencio incómodo, Irene Olavarría entendió que la señora Teresa no era muy suelta de palabra o no quería tomar ninguna iniciativa. Avanzó con generalidades sobre el clima y la ciudad. Han pasado casi cuarenta años desde que estuve en Torreón por última vez. El clima no cambia, sigue siendo seco y caluroso. Es otra ciudad; de hecho creo que esta colonia no existía. La señora Teresa se animó a contar lo recién vivido, lo del Nissan y todo eso, cuando vio que su visitante extendía comentarios con soltura. Seguramente viene usted por lo de Arturo, agregó al final. Irene Olavarría afirmó con la cabeza y un parpadeo. No sabía hasta dónde su anfitriona estaba interiorizada en los pormenores de la carta, pero se dio cuenta de que sabía lo suficiente. Es una maleta con sus libros, déjeme la traigo, dijo la señora Teresa. No había tanto apuro, pero Irene Olavarría prefirió no detenerla. Un momento después, la señora Teresa volvía con una valija mediana de rueditas, vieja y pringosa. Con ayuda de Irene Olavarría la acostó sobre una silla, jaló el par de cierres y movió la tapa como si fuera el cofre de un tesoro. En el interior, algo revuelto, yacía un puñado de libros con formatos, grosores y portadas diferentes, y otro de originales encuadernados con argollas y tapas negras y rojas de plástico. Son 27 libros, los que publicó, y 16 libros inéditos. No los he contado, pero podemos hacerlo en este momento, dijo la señora Teresa. Más por avanzar con el asunto que por rigor aritmético,

Irene Olavarría sacó los libros publicados y formó una torre. Algunos se veían lastimados y con diseño editorial algo escolar, feo. Otros, los más recientes, lucían portadas dignas, incluso con códigos de barras. Los sellos eran igualmente variados. Universidad tal, ayuntamiento tal, instituto tal, editorial tal. Los contó y eran en efecto 27. La señora Teresa, en silencio, ayudó ahora con la extracción de los inéditos. Los sacaron sin hojearlos, sólo para formar otra torre: 16. Irene Olavarría pensó en la irrealidad de ese momento. ¿Qué hacía en esa casa contando los libros de Arturo Méndez Duarte? Es una obra grande, dijo con un vago afán de resumir la situación. La señora Teresa sólo respondió con lentas afirmaciones de cabeza. Irene Olavarría pensó que la dueña de la casa podía ser una mujer serena, loca, cansada o sólo tímida. Déjeme traer algo más, dijo la señora Teresa. Se paró y se perdió un minuto en uno de los cuartos. Volvió con un sobrecito amarillo. Esto también es para usted, dijo. Irene Olavarría lo tomó. No estaba sellado con el pegamento de fábrica ni con cinta adhesiva, y de ahí resbaló a su palma una memoria USB. Me dijo que allí está todo lo que escribió. Ahora es suyo. La visitante vería luego qué hacer con eso, con el cúmulo de papel y con la pequeña memoria digital donde al parecer estaban resguardadas en su modalidad digital todas las cuartillas escritas por Arturo Méndez Duarte.

\*\*\*

*Querida Irene:*

*Tanto, tantísimo tiempo sin comunicarte nada. Me perdonarás ahora esta repentina aparición. Deseo para empezar que estés muy bien, que tu vida haya sido feliz y siga siéndolo. Te preguntarás por qué te escribo. Yo mismo me*

*lo pregunto. No lo sé bien. O sí. No quiero sonar patético, pero cuando recibas esta carta ya habré muerto. Dije que no quiero sonar patético y lo estoy siendo, perdón. Dije y escribí muchas veces que no temía a la muerte. Esta afirmación es falsa. Sí le temí, pero siento que quienes se dedican a la literatura deben decir que no le temen, hacerse los duros y responder que la muerte es una simple contingencia más de la vida. Esa fanfarronería sugiere, sin decirlo, que el escritor tiene confianza en su obra, que cree en su perduración más allá de la vida física. Yo tuve miedo a la muerte, sí, aunque jamás lo dije. Simulé ser valiente, simulé confianza en la trascendencia de mi trabajo literario. Nunca estuve seguro de que mis libros pudieran vencer el inmediato olvido. Por decepción, diez años antes de la muerte que ya llegó a mi vida dejé de publicar, pero no de escribir. En total parí poco más de cuarenta libros individuales de diferentes géneros. Precisamente por esto te busco ahora, tantos años después. Jamás olvidé lo que me dijiste alguna vez hace más de cuarenta años, en un café de acá: “Siempre sabré que eres un gran escritor”. Lo que me gustaba recordar de la frase era el adverbio “siempre”. Esto me alentó a escribirte, a dejar esta carta póstuma. Junto con los libros que sí pasaron por la imprenta, dejé los inéditos con mi esposa. No te los envié por una vía postal porque no estaba seguro de que recibirías esta carta ni de que aceptaras resguardar lo que escribí, que es mucho e incómodo. Te preguntarás por qué no dejé todo en manos de mi mujer. A ella también le queda poco, además de que no tiene contactos ni habilidad para intentar que pase algo con mis libros. Igualmente, no pensé en amigos de acá porque los únicos que tuve ya están muertos. Creo que mis libros estarán mejor en tus manos. Si puedes hacer algo con ellos y publicar*

*alguno o algunos, bien. Si no, no puedo exigirte nada. Al calce te comparto mi dirección física. Lo que menos quiero es causarte un problema a esta altura de tu vida, pero la verdad no supe cuál otra opción seguir. Ojalá que llegues a leer estas palabras. Como están las cosas, con que hayas leído esta carta terminal me doy por recompensado, pues más allá de que tu terquedad vasca pueda hacer algo con los libros, me consuela saber que antes de irme te he dejado los trabajos que son constancia de una vocación que viste nacer y apoyaste con una pasión que nunca nadie me mostró sobre todo en los años de la juventud, cuando la elección todavía era brumosa y cuando por fin decidí vivir en y con la fantasmagoría de la literatura.*

*Te recordó siempre,*

*Arturo*

Irene Olavarría dobló la carta luego de leerla cuatro veces seguidas. Estaba escrita a mano con tinta azul, sin borrones, sobre una hoja bond ordinaria. La línea al calce mostraba la dirección en Torreón, y supuso que la esposa estaba enterada del asunto. No consignaba un teléfono. Por un instante pensó que era una broma, pero descartó la posibilidad porque no muy en el fondo sintió la inquietud de revivir el pasado al que Arturo se refería. Fue a la cafetera y se sirvió el aromático de Coatepec que más le gustaba. Con la carta en la mano caminó al jardín y se sentó en una de las reposeras aledañas a la alberca. Volvió a sacar la carta, pero no la releyó. Ahora se fijó en los trazos de la letra, en los remates de varias palabras. La firma exhibía una “A” elegante, antigua, con el segundo palo oblicuo tirado hacia abajo y la raya como travesaño que partía el triángulo con la línea alargada a la izquierda. Una carta escrita así no podía ser una broma. No quiso pensar de más en detalles

simples. ¿Cómo consiguió Arturo la dirección en Xalapa? Irene Olavarría concluyó que era fácil dar con ella, además de que ahora todo estaba en internet y la carta había llegado al colegio de médicos. Seguramente Arturo buscó ahí, y como Irene Olavarría era una persona con mucha actividad pública, no era remoto que Arturo la hubiera visto en fotografías, en ceremonias, en actos académicos, festivos y hasta políticos. Los periódicos levantaban mucha información, como la nota reciente en la que Irene Olavarría ponía en marcha un nuevo proyecto en favor de la salud reproductiva de las mujeres en Veracruz. Tras pensar en eso se asombró de lo chismoso que es hoy el mundo de la comunicación digital.

Mientras bebía café con la mirada perdida en la enredadera del fondo, junto al rectángulo inmóvil de la alberca, recordó el noviazgo. Habían pasado más de cuarenta años. Los extraños estudios en la facultad de Medicina de Torreón, la fiesta en la que lo conoció, su carrera de Sociología, la confesión de que aquella licenciatura no le serviría de nada, pues él deseaba dedicarse a la literatura. Recordó el contacto intenso, los poemas amorosos, las madrugadas con él en la casa de asistencia a donde Arturo entraba clandestinamente, las promesas de no separarse cuando ella terminara la carrera y regresara a su tierra. Recordó tardes en Ciudad Lerdo, un día de campo, los paseos en un parque donde aprovechaban la oscuridad para tentarse. Trató de recordar en cuál cafetería le dijo “Siempre sabré que eres un gran escritor”, pero al recordar esto no supo si en verdad lo dijo alguna vez. Recordó también la deserción de Sociología, el primer libro publicado a sus precoces 22, el engaño con otra mujer, el drama, la vuelta a Veracruz cuando ella concluyó Medicina, la resignación y el paulatino recuerdo sin resentimiento. Recordó incluso que alguna

noche, en el aeropuerto Benito Juárez, mientras esperaba el vuelo para asistir a un congreso en Montevideo, leyó la nota sobre el premio nacional de novela convocado por el INBA. Irene Olavarría se asombró de su memoria, de la película que había echado a andar tras la lectura de la carta. Tenía casi ochenta años y su memoria estaba intacta, mejor que la de muchos a su edad. Y lo decidió. Aprovecharía el viaje para visitar a dos excondiscípulas y buscaría a la señora Teresa para recoger lo que había dejado Arturo.

\*\*\*

Pagó una pesada maleta extra en el aeropuerto y en el viaje no dejó de pensar en la encomienda. Quizás era un disparate, quizás cargar la montaña de papel no había sido una buena idea. Irene Olavarría sintió que era una decisión al menos imprudente, pues ella no estaba vinculada al mundo literario. Ciertamente que nunca dejó de leer, cierto que la Medicina y el trabajo comunitario le secuestraban el tiempo, pero con todo y eso nunca dejó de meter un ojo ya cansado a las novelas que otros recomendaban en las sobremesas. Descubrió así a Laura Restrepo y a Luisa Valenzuela, sus favoritas. Últimamente también le entró a varias autoras jóvenes de México, pero las suyas eran lecturas hechas por entretenimiento, sin el rigor de la lejana gente que se movía en la literatura. Por carambolas de la amistad asistió en Xalapa a algunas presentaciones de libros y allí confirmaba que esos lectores eran distintos, que descubrían en las páginas significados que pasaban de noche al lector común. Esa gente es como Arturo, pensó más de una vez.

Vació la maleta en el mesón de cedro de la sala de estar. La llenó con los 43 libros publicados y no publicados por

Arturo, todos expuestos, no en alteros esta vez. Imaginó que aquel trabajo de escritura había sido total, ininterrumpido. Eran muchísimas hojas, millones de palabras. Concluyó que si iba a intentar algo sería con los inéditos, y tuvo un leve estremecimiento: recordó el sobre con la memoria USB. Lo había guardado en su bolso de mano y fue a sacarlo para que quedara en un cajón seguro del escritorio ubicado en otra parte de la casa, la oficina que perteneció a su marido, también médico. Irene Olavarría tenía diez años de viuda y tres hijos a los que amaba, dos médicos radicados en Guadalajara y una diseñadora de modas en Madrid. Por trabajos y por sus matrimonios, los veía poco, a veces una sola vez al año, cuando ellos pegaban una vuelta a Xalapa, generalmente cargando con los nietos. Aunque tenía colegas, amigas y dos jóvenes domésticas que mantenían la casa en orden, Irene Olavarría no dejaba de sentirse sola. Por vocación, pero también para llenar el vacío de su viudez, se había vinculado con un montón de actividades profesionales. Ser presidenta del colegio de médicos fue la principal en los últimos años.

Quiso borrar de su cabeza lo que vio y escuchó en la casa de la señora Teresa. Era la indefensión casi total. Tenía un mes de viuda cuando se encontró con ella. Daba la impresión de no saber en dónde estaba parada. Arturo no había heredado una pensión, había perdido dos casas que dejó de pagar y, al final, vivieron de renta en la cueva de las tres macetas. Toda su vida laboral dio clases como profesor volante, sin prestaciones, y cuando llegó la voraz enfermedad, comenzó a vender mal vendidos sus diez mil libros en lotes indiscriminados. Fueron seis meses de una vida agarrada con todas sus uñas al milagro. Luego, cuando la muerte fue inminente, vendió el Nissan para los gastos del sepelio y dejar un poco de recursos para la supervivencia

de su mujer durante un lapso tal vez demasiado corto. Su indicación fue que vendiera los libros de ese mueble, dijo la señora Teresa señalando hacia el librero enano con los últimos volúmenes. Él estaba seguro de que esos valen más, pues muchos tienen dedicatorias de escritores importantes. Una de dos: la señora Teresa era suicida en su resignación o no sabía que la noche de las privaciones de todo, hasta de la modesta vivienda, estaba a un paso de aplastarla. Irene Olavarría resolvió entonces, sin que dejara de flotar en su conciencia la incomodidad de meterse en otro problema, ver primero qué hacer para arrojar alguna seguridad al plato de la señora Teresa. Los libros inéditos podían esperar. Era necesario, urgente más bien, acometer otro viaje a Torreón.

\*\*\*

La suavidad del vuelo tuvo la extraña capacidad de aclararle las jugadas en el tablero de ajedrez. Ya iba en el aire, no daría marcha atrás, pero en ese momento se preguntó con mayor énfasis por qué hacía eso, si finalmente Arturo sólo era un viejo amor de juventud. Fue el primero, sí; duró tres años, sí; la llenó de vida en su lapso de estudiante foránea, sí, pero con todo y eso había terminado mal, muy mal, con la humillación de unos cuernos no nada más relacionados con la carne. La mujer, aquella mujer a la que sólo vio una vez, le mostró los mensajes, las declaraciones, los poemas y hasta una Polaroid que los exhibía besándose. A mí es a la que quiere, dijo. La frase no había muerto nunca, era una puya fosilizada en algún pliegue de su alma. A mí es a la que quiere, dijeron muy bajo sus labios mientras la azafata le ofrecía algo de tomar. Pero la señora Teresa no era aquella borrosa mujer, la del engaño, y aunque lo

fuera. Estaba al borde del desfiladero material, era la viuda de Arturo y sólo tenía un puñado de ilusos libros para vender y quizá sobrevivir algunas semanas más.

La situación fue casi idéntica a la primera de hacía dos semanas. La señora Teresa parecía no haber cambiado ni de ropa. Esta vez la notó menos tensa. Me da gusto verla tranquila, le dijo Irene Olavarría. Que se llevara esa maleta fue un alivio, respondió la señora Teresa. Fue lo que Arturo me pidió, ahora ya puedo morir en paz, añadió. No era una actitud autodestructiva la que notó en esas palabras. Era sólo la verdad: en su sencillez de mujer elemental, con su delantal de cuadritos y su pelo alborotado y blanco, la señora Teresa había tenido la fuerza para desprenderse de lo más valioso, de lo único en verdad valioso que dejó su marido, aunque ese valor no tuviera nada que ver con las pujas del mercado. En la fluctuación de sus sentimientos recientes, Irene Olavarría se sintió ahora conmovida. Tomó las dos manos de la señora Teresa y le pidió permiso para ayudarla un poco. Ya me dijo que no tiene a nadie y que sólo le queda ese librero por vender, dijo Irene Olavarría. Eso durará poco, si es que lo vende. Si usted me lo permite, señora Tere, yo puedo buscar un sitio para que usted esté cómoda y no se preocupe más de su techo, ni de su comida ni de sus medicamentos. Tras la frase, los ojos de la señora Teresa quedaron acuosos. He investigado con amigas y hay aquí algunos centros que la pueden atender. Los libros no los venda, si quiere yo los conservo para que al menos esa parte de la biblioteca no se desperdigue. Dos lágrimas cayeron por los carrillos de la señora Teresa e Irene tomó una servilleta para borrarlas.

Otra vez, el vuelo de regreso le permitió una recapitulación. Tres días bastaron para hacer los contactos y establecer los acuerdos. La señora Teresa sería atendida en una